

28.
CORAZÓN DE JESÚS
VIDA Y RESURRECCIÓN NUESTRA

Cor Iesu, vita et resurrectio nostra

P. Santiago Sylvester, Sacerdote argentino
Misionero en Filipinas

El corazón es el órgano de la vida humana. Cuando el corazón late, estamos seguros de encontrarnos ante un ser vivo. Apenas el corazón deja de latir, sobreviene la muerte. Ahora bien, ¿no es esto contradictorio? ¿Cómo es posible que el órgano cuya función es asegurar nuestra vida puede llegar a morir? Pero es así, lo sabemos y lo aceptamos: nuestra vida caduca. En cierto momento se acaba. Entonces nuestro corazón se detiene.

¿Qué necesitamos para que nuestros corazones nunca dejen de latir? Una vida interminable, una vida eterna, una vida... que no es humana, que no nos es alcanzable a los simples seres humanos, que está más allá de nuestras posibilidades.

Y sin embargo, hay un Corazón humano que posee una vida indestructible, esa vida que todos deseamos. Un Corazón que nunca dejará de latir (aunque en algún momento lo hizo). Es el Corazón de Cristo.

Al hablar sobre él, San Juan Apóstol dice que es *la misma vida que se ha manifestado* (1 Jn 1,2) y también, *en Él estaba la vida* (Jn 1,4). San Pedro llega a decir que Él es *el Autor de la vida* (He 3,15). Y el mismo Jesús nos dice: *Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida* (Jn 14,6). Vida, plenitud de vida, Vida sin límites, Vida «en abundancia», Vida divina: esta es la vida que encontramos en el siempre viviente Corazón de Nuestro Señor, a quien el Padre le ha dado el tener *vida en sí mismo* (Jn 5,26).

Pero no sólo eso. La vida del Corazón de Cristo es comunicable. Su Vida llega a ser nuestra vida. Él vino para que tengamos vida, y la tengamos en abundancia (cf. Jn 10,10), para dar su vida por nosotros (cf. Jn 10,15). Él es nuestra vida. Por eso lo llamamos con toda verdad: Vida y Resurrección nuestra.

Al llamarlo de este modo, hacemos necesariamente relación a un episodio evangélico: la visita de Jesús a Betania (Jn 11). Allí Jesús se encuentra cara a cara con la muerte, y ante ella su Corazón se estremece, porque «ante toda expresión de muerte, el Corazón de Cristo se conmovió profundamente»¹. Y *Jesús lloró* (Jn 11,35). Pero su conmoción no queda en compasión, sino que se traduce en acción. Él es la Vida misma, y se dispone a enfrentar la muerte. Y allí en el medio, entre la Vida y la muerte, se encuentra una mujer, Marta, la hermana del difunto. A ella Nuestro Señor se le revela, pidiéndole al mismo tiempo su asentimiento: *Yo soy la Resurrección y la Vida*.

Yo soy la Resurrección. La frase es muy profunda: Yo soy causa de la Resurrección de cualquiera que resucita. Y esto porque Yo soy la Vida. Por ello, *el que cree en Mí, aunque muera, vivirá*, porque por el hecho de creer, me tiene a Mí en sí, y Yo soy la Vida².

Yo soy la Resurrección y la Vida: Cristo no está diciendo: Yo no he de morir, sino que dice ser la Vida. Se refiere Él a la Vida divina que le es propia como Hijo de Dios. Jesús es la Segunda Persona Divina que ha venido en carne. Y por eso, aún cuando pueda perder la vida humana que ha asumido, nunca podrá perder la divina. Ese Corazón humano que dejó de latir y estuvo tres días en el sepulcro no sufrió la corrupción,

¹ SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (23/7/1989).

² Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *In Io.*, c. 11, l. 4.

porque tenía vida divina en sí mismo. Y en virtud de esa vida divina, ese Corazón ha vuelto a latir con el calor de la vida humana.

Yo soy la Resurrección y la Vida, el que cree en Mí, aunque muera, vivirá: declara así derrotada a su enemiga la muerte. Acto seguido irá al encuentro del amigo de su Corazón y lo resucitará con su palabra omnipotente. Con lo cual queda probada la verdad de su revelación: creamos, y el Señor nos resucitará también a nosotros después de nuestra muerte corporal, porque por la fe nos unimos al que es la Vida misma. Él hizo de su vida un «prodigioso duelo»³ contra la muerte. Duelo prodigioso, en el cual incluso la muerte pareció vencer, cuando ese Sagrado Corazón al que le fue dado tener vida en sí mismo, dejó de latir y fue traspasado. Pero ello no era más que el precio del combate, y la victoria no se hizo esperar, y «el Rey de la vida, que fue muerto, reina ahora vivo»⁴ para siempre. *¿Dónde está oh muerte tu victoria? ¿Dónde está tu aguijón?* (1 Cor 15,55) exclama el Apóstol, disfrutando de la victoria de su Señor.

Pero hay todavía más. *Yo soy la Resurrección y la Vida*, dice Nuestro Señor. Y esto se aplica no sólo a la vida del cuerpo que expira cuando nuestro corazón se detiene. La muerte corporal es un pálido reflejo de la muerte eterna, o sea la muerte que afecta a los espíritus inmortales, esa muerte que consiste en quedar apartados para siempre del origen y fin último de toda vida. La horrenda muerte del infierno, fruto del pecado. También –y principalmente– a esta muerte vino a enfrentar Nuestro Señor. De hecho, el Apóstol continúa: *El aguijón de la muerte es el pecado... Pero ¡gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por Nuestro Señor Jesucristo!* (1 Cor 15,55-56). En Cristo, no sólo triunfamos sobre la

³ MISAL ROMANO, Secuencia de Pascua *Victimae Paschali*.

⁴ *Ibidem*.

muerte corporal sino sobre su causa que es el pecado. Y por ello dice Él: *El que vive y cree en Mí, no morirá jamás.*

El hombre por su corporeidad, es también un animal, y como todo animal tiende primeramente a la conservación de la vida. Esto está bien, es parte del plan de Dios para el hombre. Pero hoy en día vemos un desorden en esta tendencia: el hombre no sólo quiere conservar la vida, sino que a veces parece querer darse vida a sí mismo. Así, las más extrañas formas de concepción han sido excogitadas (fecundación *in vitro*, vientres de alquiler, experimentación con embriones, etc.). El hombre parece querer determinar qué cosa sea la vida humana, quiere modificarla a su arbitrio (ideología de género, transhumanismo) e incluso quiere ser señor de su inicio y su fin (aborto, eutanasia, suicidio asistido). Pero, curiosamente, este buscar la vida en la vida misma se ha convertido en una «cultura de la muerte», en un culto a la muerte. Y vemos los terribles resultados que eso ha tenido (aborto, eutanasia, trata de personas, eliminación de pueblos enteros por ingeniería genética, envejecimiento de la población, guerras...).

¿Por qué así? Dice San Juan Pablo Magno, «Un vínculo misterioso une pecado y muerte (Sb 2,24; Ro 5,12; 6,23; etc.): ambas son realidades esencialmente contrarias al proyecto de Dios sobre el hombre, que no fue hecho para la muerte, sino para la vida»⁵. Por lo tanto, el hombre que se aparta de Dios por el pecado, termina encontrando la muerte... aún cuando busque la vida.

Volviendo a nuestro episodio evangélico, entre la Vida misma y la muerte de su hermano se encuentra Marta. En realidad, en cierto sentido, todos nos encontramos en la misma situación. Todos tenemos la

⁵ SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (23/7/1989).

posibilidad de elegir entre lo que es muerte y pecado, lo que hiede y es ya putrefacción, o podemos abandonarnos a la fe del que nos dice *Yo soy la Resurrección y la Vida*, y abrir confiados la puerta del sepulcro de nuestros corazones para que allí pueda escucharse la divina voz del Verbo: *¡Lázaro, sal fuera!* (Jn 11,43). Entonces, una vez renovados en nuestro interior, y lejos del pecado, podremos gozar para siempre de la vida verdadera que nos viene del Corazón de Cristo.

Es que lo que era muerte fue muerto por la misma Vida, y si el Corazón Divino de nuestro Salvador dejó de latir por unas horas fue para sellar con sangre sus afectos santísimos: su amor hacia su Padre y hacia nosotros que, aunque indignos y miserables, fuimos hechos partícipes de su salvación. Era necesario que el Sagrado Corazón de Cristo fuera traspasado, para bañarnos con su sangre. Ese Corazón debía ser abierto, para que pudiésemos entrar en Él y gozar de su Vida. Debía ser traspasado para convertirse en Vida y Resurrección nuestra.

Dios nos conceda como a Marta una fe capaz de responder *Yo creo*, y venir a sacar con gozo aguas de la fuente de la salvación y de la vida eterna.